

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**TRES FAMOSAS CONVERTIDAS
LIANE DE POUGY, EVA LAVALLIÈRE Y
ALESSANDRA DI RUDINI**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Liane de Pougy.

Eva Lavallière.

Alessandra di Rudini.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

En este libro vamos a exponer la conversión de dos famosas artistas francesas: Eva Lavallière y Liane de Pougy. Además, también expondremos la conversión de la célebre amante de D'Annunzio, el famoso poeta y escritor italiano. Las tres, no solo se convirtieron, sino que también quisieron en los últimos años de su vida vivir enteramente apartadas de los vicios de su juventud y dedicarse completamente al servicio de Dios. Liane Pougy se hizo terciaria dominica. Eva Lavallière terciaria franciscana y Alessandra di Rudini se hizo carmelita descalza y fundó algunos monasterios antes de morir.

Las tres cambiaron radicalmente su vida del vicio hacia la santidad. Las tres sintieron en los momentos de su apogeo mundano, teniendo mucho dinero conseguido y muchos lujos y placeres, un gran vacío interior. Dios llama a todos los seres humanos hacia sí. Y solo en él se puede encontrar la verdadera felicidad. Por eso ellas nos trazan el camino de la conversión de los errores y un acercamiento a Dios como el único camino que lleva a la verdadera felicidad. Ellas son un ejemplo para tantas personas que, a lo largo del mundo, llevan una vida mundana, pensando solamente en los placeres, diversiones y comodidades de la vida y olvidados totalmente de Dios. Porque todos los alejados de Dios, al igual que ellas, sienten en lo profundo de su alma el gran vacío existencial de que hay algo que no funciona, que su vida no es verdaderamente feliz, que les falta algo. Algunos se consuelan pensando que Dios no existe ni nos pedirá cuenta de nada. Y muchos de ellos, ante el vacío interior o los problemas de la vida, lo solucionan fácilmente con el suicidio o una vida dedicada a hacer daño a los demás, metiéndose en sectas que los llevarán rápidamente a un abismo profundo de sufrimiento del que difícilmente podrán salir.

Por eso, el ejemplo de estas tres mujeres, símbolo de la belleza, del lujo y del placer, puede ayudar a algunos a no perder la esperanza y tratar de cambiar de vida antes de que sea demasiado tarde. Su testimonio será alentador para muchos.

LIANE DE POUGY

Liane de Pougy, cuyo verdadero nombre era Anne-Marie-Olympe Chassaingne, nació en La Fleche, región del Loira, en Francia, en 1869. Su padre era oficial del ejército y su madre una aristócrata. Algo importante que hay que destacar es que su madre, al nacer ella, la consagró a la Virgen y esta acción que parece sencilla y sin transcendencia tuvo un gran significado en su vida. María, que no olvida a sus consagrados, con toda seguridad le ayudó en sus últimos años, no solo a encontrar a Dios, sino también a llevar una vida de entrega y amor al Señor. Su madre le refirió muchas veces que soñó que la Virgen María se le aparecía sentada, en la cima de un cerezo blanco y le decía: *Tendrás una hija el día de mi fiesta. Ella se llamará María. Yo la protegeré y después de una vida muy movida, terminará como una gran santa del paraíso.* Nació Liane el 2 de julio, fiesta de la Visitación de María a su prima santa Isabel. La predicción se realizó. Se llamó Anne Marie Olympe.

Ella misma refiere que sus padres eran pobres. Con los 300 francos que recibió de jubilación su padre, debía educar a 4 hijos. Y anota: Yo era la más joven y la más débil de la familia. Mi padre era un viejo hurraño, misántropo, silencioso. Yo le tenía miedo y respeto, era poco afectuoso. Su barba me picaba y el olor de su pipa me sofocaba. Cuando nació, su padre tenía 57 años y su madre 42. Todo el cariño lo recibía de su madre. Y dice: *Yo era ardiente y me sentía atraída por las mujeres y ante los hombres era tímida y delicada.*

A sus 9 años se sentía diferente a las demás y fue internada por sus padres en el colegio de las religiosas *Fieles compañeras de Jesús de St Anne d' Auray*, donde tuvo lugar la única aparición reconocida por la Iglesia de Santa Ana, la madre de la Virgen María. Aclara que una de las lecciones más importantes que aprendió y que le sirvió toda su vida fue los beneficios de la limpieza. Durante los 6 años que pasó interna en ese colegio aprendió mucho y quedó muy contenta de la educación que recibió. Aprendió francés y otras lenguas, historia, geografía, botánica, música, además de costura, diseño y buenos modales. Esto sin descartar la educación religiosa, pues todos los días tenían misa y, antes de ir a dormir, iban a rezar ante el Santísimo Sacramento las oraciones de la noche. También la prepararon para hacer su primera comunión. Aprendió a escribir bien el francés y pudo escribir algunos libros exitosos. Su carácter era dominador y, por eso, quería ser la primera en todo. Incluso se rebeló contra sus padres y durante unos días no quiso comer (al menos delante de ellos) para preocuparlos. Con sus 16 años parecía indomable.

Terminados sus estudios, sus padres creen que la mejor solución para ella es el matrimonio y como tuvo un buen candidato, amigo de sus padres, llamado Armand Pourpe, marino militar, se casó con él. Su marido tenía en ese momento

24 años. Ella contó que la primera noche fue terrible por la violencia de su esposo. *En su libro Mes Cahiers bleus* (Mis cuadernos azules) dice: *Casada con 17 años, era inocente, ignorante y recibí un shock nervioso demasiado pronto.* Su viaje de bodas se redujo a pasar unos días de estancia en París. Se da cuenta de que se ha casado con un hombre celoso y brutal. Y se divierte dando celos a su esposo. Queda embarazada. Dice: *Los grandes dolores me vinieron a las 10 a.m. y no me dejaron hasta las 2 a.m. El niño estaba cruzado y tuve un parto doloroso.* Su hijo Marco nació el 18 de mayo de 1887. Ella hubiera deseado una hija. De hecho, nunca se preocupó realmente por él y tuvieron que hacerse cargo los abuelos, es decir, los padres de Liane. Pronto empezó a ser infiel a su esposo con el oficial de marina teniente Cronon. Su esposo los sorprende juntos en su casa y le dispara con la pistola un tiro en la espalda, que felizmente no la mató. Pero ella, que no quería a su esposo, consiguió después de dos años de casada el divorcio, abandonó a su hijo y se dedicó a la buena vida como cortesana (prostituta de categoría). Desde agosto de 1889, en que obtuvo el divorcio, era legalmente libre. Se fue a París con solo 400 francos en el bolsillo. Ella tenía 20 años y anotó en sus escritos que abandonó a su esposo e hijo por amor al lujo, es decir, amor al dinero, a la buena vida y a la libertad. Dios en esos tiempos no era para ella ninguna cosa que le trajera problemas de conciencia. Para ella el placer, la belleza y el amor pasajero con diferentes personas era lo más interesante y agradable. Todo ello con muchos viajes y lujos de toda clase, incluso de antigüedades y obras de arte. Coleccionó muchas joyas y piedras preciosas, que le regalaban sus amantes. Ahora bien, normalmente, aunque con raras excepciones, solo aceptaba personas bellas y con mucho dinero. Entre sus amantes estaban príncipes así como industriales, banqueros y hombres de Estado. Se construyó una suntuosa mansión en el centro de París y compró elegantes casas de recreo en Bretaña y Niza. Su famosa colección de joyas rivalizó con la de la Bella Otero y las obras de arte y antigüedades, con las que decoraba su lujosa residencia parisina, fueron parte del éxito de su carrera.

En el culmen de sus éxitos escribió algunas novelas en las que contaba bajo nombres ficticios muchas de sus experiencias personales y donde mostraba abiertamente sus inclinaciones bisexuales. Se convirtió en una bailarina de cabaret, considerada entre las tres más bellas y famosas de Francia, junto con Carolina Otero y Emillianne d'Alençon.

En París había unas 80.000 prostitutas, pero cortesanas y bellas, dedicadas exclusivamente a gente rica, solo unas 40, que eran llamadas señoritas de placer. Ellas vivían abiertamente a costa de algún protector, que pagaba todos los gastos. Pero Liane no se comprometió con ninguno en particular y estaba abierta a todos los que quisieran pasar momentos agradables de placer y así consiguió una fortuna de dinero. Ella dirá cuando pasó los 40 años de vida que hubiera querido vaciar algunas tiendas y llevarse todas las sedas y bazares por entero. Entonces

entendió todo el despilfarro de dinero que había hecho. Estas cortesanas solían tener un seudónimo y nuestra Anne María Chassaingne se autonombró Liane de Pougy. Sus familiares, aunque no estaban de acuerdo con su género de vida y no la querían, excepto su madre, con el tiempo se calmaron, ya que ella pudo ayudar económicamente a alguno de sus hermanos y familiares.

Como escritora, escribió novelas exitosas autobiográficas, donde narra bajo nombres supuestos experiencias personales. Entre otras escribió *L'insaisissable*, *Idylle saphique* y *Les sensations de mademoiselle de La Bringue*.

Una de sus conquistas femeninas fue Yulka, polaca ex-baronesa de Rothviller, que era condesa y rica de nacimiento y fue quien la introdujo en los circuitos de la nobleza europea. Su verdadera familia fueron algunas cortesanas amigas o las y los amantes de turno como la Valtesse de la Bigne, Henri Meilhac, Maurice de Rothschild, Román Potocki, Natalie Clifford Barney y Lord Carnarvon, famoso egiptólogo. Carnarvon era un vicioso. Para satisfacerlo, debía ella recibir golpes, porque él era sádico sexual.

No obstante le dio la más bella de sus perlas, estimada en cien mil francos. Él le daba golpes y joyas como un gran señor.

Ella encarnaba la belleza carnal y los periodistas la ensalzaban y, cuando actuaba en escena con sus bailes, todos los ricos la admiraban y la invitaban a sus fiestas. Ella conseguía que ellos pagaran los gastos de viajes, fiestas incesantes, chofer, cocinera, asistenta de cámara y otros lujos especiales.

Charles Mac-Mahon creyó encontrar en Liane su ideal, pero era muy celoso. Ella se reía de sus celos. Él le preguntó un día cuántos amantes había tenido antes de él y le respondió sonriendo que él era el número 43. Fuera cierto o no, el caso es que muchos hombres la buscaban y ella escogía, no aceptaba a todos sin distinción.

Su padre murió con 80 años en 1892. Hubiera querido asistir a su entierro, pero no lo hizo porque entendió que sus familiares no lo deseaban. Su relación con la familia se reducía a su madre. Cuando su hijo tenía 5 años y vivía en Suez con sus abuelos paternos, fue a visitarlo, pero siguió ignorándolo prácticamente sin interesarse por él. En 1893 el marajá Kapurtala la quiere llevar a la India y hasta le ofrece matrimonio. No acepta y se queda en París, donde encuentra dos que serán sus grandes amigos: Henri Meilhac y Jean Lorrain. En 1894 Edmond de Goncourt se escandaliza y publica la noticia de que Meilhac (de 63 años y que había sido elegido miembro de la Academia francesa) le dio a Liane 80.000 francos, solo por contemplarla en traje de Adán. Ella asegurará que no hubo entre

ellos ninguna relación carnal ¹. Ella dijo claramente: Yo acompañé a Henri Meilhac a cenas exquisitas en casa de Arthur Meyer con un servicio impecable. También tuve el honor de cenar con la famosa actriz Jane Hading que encontré muy impositiva y molesta. Meilhac comprendió mi disgusto y acortó la velada y, al regreso, nos divertimos en su coche con bromas picantes. Ella se extasió ante mi belleza.

En 1894 Liane cumple 25 años y debuta en el *Folies Bergère*, el famoso y transgresivo music-hall, con el apoyo de su director, el señor Marchand. En ese momento actuaban en escena las tres grandes bellezas del momento: Liane, Carolina Otero y Emilienne d'Alençon. Liane, además de bailarina, hizo de prestidigitadora con mucho éxito. Fue muy aplaudida por el príncipe de Gales, el conde Román Potocki, Lord Lyons, el barón d'Aimery, el vizconde de Contades y otros. Los regalos que le hicieron son prueba de su éxito. Le regalaron una serpiente de diamantes. Su lengua era de rubíes y todo ello tenía un valor de 900.000 francos. El collar de perlas verdaderas costaba 113.000 francos. Un diputado le obsequió algo que costaba 75.000 francos. Además de todo eso y muchas otras perlas y piedras preciosas, tenía 33 anillos de mucho valor.

Henri Meilhac tiene que compartir Liane con el conde Román Potovcki, que es mucho más rico que él. Para sus actuaciones en el *Folies Bergère*, invitó al futuro Eduardo VII, que asistió complacido. En 1894 Liane se siente atraída por Jean Lorrain, que publica en el *Echo de París* un artículo contra ella, pero ella con diplomacia se lo atrae a su favor. Después de su éxito en las actuaciones de *Folies Bergère*. Liane va a Rusia, a San Petersburgo, y entre sus víctimas está Wladimir Miatlef, que el día de sus bodas con la hija del general Richter, se dio cuenta de que él era impotente y compensaba su debilidad con prácticas masoquistas. Liane le proporcionó a Wladimir una serie de golpes para su placer sexual. Wladimir convocó a un joyero para que le trajera una muestra de joyas por un millón de francos. Liane, delante de diademas de rubíes de collares, de esmeraldas, de cadenas de diamantes y de otras joyas, le dice a Wladimir que no sabe cuál escoger. Y él simplemente le dice: *Toma todo*. Y ella lo tomó todo, que valía un millón de francos. Con ello sacó la conclusión de que el masoquismo era más rentable que el sadismo, que tuvo que soportar con Carnarvon. Después fue a Roma y a Londres. En todas partes era recibida como un reina del amor. Era la sirena de Europa. Su afición a las perlas era tal que en Niza la nombraron con el nombre de la Perla del carnaval.

Lorrain, para reparar su primer artículo periodístico contra Liane, se esforzó en ensalzar sus glorias. Cuando actuaba en el *Folies Bergère*, su camarín estaba repleto de lirios de sus amigos, tales como el príncipe de Orleans, el

¹ Chalón Jean, *Liane de Pougy*, Ed. France Loisirs, París, 1994, p. 57.

príncipe Tcherbakoff y el príncipe Bariantinski, el pintor Jean Baraud o Edmond de Goncourt, quienes la calificaban como la mujer más linda y hermosa del siglo.

El médico Albert Robín era un médico famoso. El cuidaba a los Rothschild y tenía mucho dinero. Consiguió estar con Liane a pesar de estar casado, pero se enteró su esposa y le hizo problemas a Liane, quien fingió suicidarse con láudano bajo las ventanas de la casa de los Robín. Otro de sus amantes, a pesar de ser feo, era un banquero alemán. Su generosidad le hizo olvidar a Liane su fealdad, ya que le regaló un collar de perlas, estimado en 700.000 francos ². Liane brillaba por su belleza y sus actuaciones tanto en París como en Petersburgo, Berlín, Londres o Roma.

Pero en su vida privada, no solo había hombres. Era bisexual y conoció a una joven norteamericana rubia, llamada Natalie Clifford Barney, que sería su amiga íntima por muchos años de modo intermitente. Liane tenía 30 años y Natalie 23. Desde niña ya tenía una fuerte atracción a las mujeres, entre ellas a sus primas, compañeras de pensión y otras muchas más. En cuanto a los hombres, aparte de los ya nombrados, estaban Lord Ouslow, Lord Riddlesdale y un agente de cambio, Alfred Benjamín y el duque de Oporto, hermano del rey.

Sus éxitos eran clamorosos. En mayo y junio de 1900 actuó en Londres y lo mismo en los primeros meses de 1901, en que actuó tanto en París como en Londres. El 1 de mayo de 1902 en Florencia era la fiesta de las rosas y Gabriel D'Annunzio, en el culmen de su gloria literaria, invitó a Liane. Ella no lo aceptó como amigo íntimo, porque según su parecer era poco atractivo. En cambio, se fijó en el músico Reynaldo Hahn, que era gay y tenía como pareja a Marcel Proust. Se sintió atraída por el cuerpo de efebo de Reynaldo.

En 1903 Liane tenía 34 años y sentía que cada día estaba más alejada de sus antiguos admiradores y cayó en depresión. Para salir, buscó otro amigo íntimo, Federico de Madrazo, llamado Coco, que era pintor. Coco prefería los efebos, es decir los adolescentes de belleza afeminada, en vez de las mujeres. Él se hizo amigo de Liane y dormía a sus pies. Fue como Reynaldo Hahn, el hombre de una sola vez. Solo una vez pudo acostarse con ella. Para ella era un triunfo y un placer distinto.

Para llamar la atención, intentó otro suicidio por un barón alemán y tomó una dosis medida de láudano. El 15 de mayo de 1903 le robaron un collar de perlas, que podía valer medio millón de francos. No se consolaba de la pérdida de sus perlas y uno de sus admiradores le ofreció un collar que valía tanto como

² Ib. p. 75.

el que le habían robado. Por otra parte siguió escribiendo libros: *Myrrhille* y *Ecce homo*.

A principios de 1904 se sintió atraída por un autor dramático, Max Maurey, pero como estaba ya en unión afectiva con Yvonne de Buffon, entre ambos hubo celos y envidias por causa de Liane. Para relajarse, se fue a Egipto y visitó El Cairo, Alejandría y después Atenas y Constantinopla. Al volver, Yvonne había desaparecido y quedó con Max, pero se enteró que Yvonne había quedado encinta y quería casarse con el padre del niño, que era precisamente Max Maurey. Max e Yvonne se casaron y tuvieron 4 hijos. Liane se sentía triste y desengañada de su vida vacía. Y escribió su quinto libro: *Sensations de mademoiselle de La Bringue*. En 1904 quiso de nuevo olvidarse de los problemas de la vida diaria y se fue al Casino de París a jugar.

Por otra parte, su hijo Marc tenía ya 17 años y no estudiaba. Se interesa por la mecánica. Él se rebeló contra la autoridad de su madre, que quería imponerle ciertas reglas de conducta, que ella nunca llevó y, al ver que no la respetaba ni obedecía, rompió con él como lo había hecho tantas veces con muchos de sus admiradores. Marcos era un deportista y tenía sed de libertad y de conocer el mundo. Su pasión era la aviación y llegó a ser un verdadero héroe. En avión visitó la India, Indochina y otros países. Murió como un héroe en 1914, al comenzar la primera guerra mundial, como piloto de guerra.

En 1906 ella tenía 37 años y le comunicaron que había muerto Jean Lorrain, uno de sus íntimos amigos, de una perforación del intestino. Ese año conoce al dramaturgo Henry Bernstein. Su relación durará un poco más de un año y rompió con él de mala manera. Ese año tiene relaciones con Georges de Ribeaucourt, un encantador escultor de talento, y con el cantante Fedor Chaliapine, pero nada permanente. Por fin aparece el príncipe rumano Georges Ghika de 24 años, que era hijo del diplomático Gregoire Ghika, sobrino de la reina Natalia de Serbia y primo del primer ministro Demetre Ghika. Georges había intentado suicidarse por estar enamorado de la actriz Marie Ventura, pero falló y se encontró con Liane en una clínica, donde él se recuperaba de su suicidio fallido y ella de algunas molestias pasajeras. Georges era bello y poeta. Y eso le encantó a Liane, además de que era un príncipe. Por fin en 1909, cuando ella tenía 40 años y él 25, quince años menos, se relacionan.

En la primavera de 1910 sucedió que el lunes de Pascua Georges, Liane y una amiga de Liane, desayunaban en un lujoso restaurante. Después visitaron algunos anticuarios. Liane llevaba un sombrero guarnecido de encajes y algunos en la calle se reían de su sombrero. Georges les llamó la atención y uno de ellos le golpeó, cuando no podía defenderse por llevar las manos ocupadas con miniaturas compradas. Liane y su amiga gritaron para que alguien los socorriera.

La prensa escribió contra Liane y Georges. Y, para acallar a la prensa, él le ofreció matrimonio a Liane, que aceptó y se casaron a las seis semanas del suceso. La víspera de su matrimonio por la Iglesia, Liane se confesó y le dijo simplemente al sacerdote: *Fuera de robar y matar he hecho de todo*³. Se casaron el 8 de junio de 1910 en la iglesia de St. Philippe du Roule. Los familiares de Georges no estaban de acuerdo con este matrimonio y no asistieron a la boda, pero ella era ahora una princesa, la esposa de un príncipe rumano. Tenía 41 años y él 26.

Desde el primer día, Liane descubrió que su esposo practicaba el onanismo y el exhibicionismo. Le gustaba pasear por la casa desnudo. Liane le prometió no tener más relaciones con ningún hombre y él hizo lo mismo con relación a otras mujeres.

En 1911 los dos príncipes fueron a vivir un tiempo a Argel. Allí ella le escribió a su hijo, con el que se había amistado, y le decía: *Soy de tu parecer. Yo preferiría los países cálidos, pero no te aconsejaré lo que tienes que hacer. Tú antes no me escuchabas y ahora eres lo suficientemente grande como para dirigirte tú mismo. Mi esposo te envía su más grande simpatía y yo, querido, te mando un gran, gran beso con todo mi corazón.*

Estando en Argel, Liane cae en depresión. No tiene ánimo para levantarse, ni vestirse, ni para hablar, ni comer. Para superar ese estado, Georges le ofrece una pareja de galgos. Una vez recuperada, se van a Rumania, donde han sido invitados por su suegra, que los había visitado previamente en Argel.

Pero viene la guerra. Alemania declara la guerra a Francia el 3 de agosto de 1914. Su hijo muere en el campo del honor el 2 de diciembre de ese año 1914. Al enterarse de la noticia, Liane cae en depresión aguda por la tristeza que la envuelve. Debió estar 15 meses con la depresión y la tristeza a costas. Enflaqueció mucho, llegando a pesar 42 kilos. Su esposo le trajo uno tras otro hasta 43 médicos.

En 1916 le operan a Georges de apendicitis y Liane piensa en suicidarse de verdad, pero en la calle encuentra a Coco de Madrazo, quien le quita la idea de la cabeza y ella vuelve a casa para atender a su esposo. Como esposa fue fiel a su esposo como le había prometido. Uno de sus amigos fue el gran escritor Max Jacob, que se convirtió al catolicismo después de una vida alejada de Dios. Él le aconsejó a Liane y le decía: *¿Por qué no puedes ser una santa?* Tienes madera de santa. Y Liane tomó la costumbre de leer la Imitación de Cristo, que fue su libro de cabecera mucho tiempo.

³ Ib. p. 150.

En 1919 Georges tuvo cálculos- en el uréter y debió ser operado. En ese tiempo Georges dependía económicamente de su madre y de su tía que vivía en Florencia (Italia). También Liane, con sus reservas de dinero, ayudaba en algunas ocasiones.

En 1920, a los 12 años de su matrimonio, la relación con Georges había empeorado. Ella dice que hace lo que quiere y por más que le aconseja no le hace caso. Para empeorar las cosas, Liane sufre de bronquitis y piensa que él abusa de su bondad. Cae de nuevo en depresión. Consultan al doctor Hayem y dice que no tiene nada físico. Esto la desanimó y llora, pensando que tenía algo y que el médico la iba a curar. Se recupera y vende su residencia de Noailles por 550.000 francos.

De pronto aparece de nuevo Natalie, que había sido su amiga íntima durante mucho tiempo. El 29 de octubre de 1922 ella escribió: *Mi Natalie es un don del cielo. Georges es un ser estancado, pantanoso, malsano. Natalie es un rayo que ilumina todo a su paso.* Felizmente, Georges no leyó estas palabras, pues podía haber sentido celos o algo peor. En 1923, con 54 años, Liane rechaza los asaltos de su dentista, que aprovecha que está con la boca abierta para abrazarla; o los de Alfred Benjamín, su agente de cambio londinense.

Liane a estas edades y con tantos problemas de salud física y psicológica siente un vacío interior profundo y quiere llenarlo. Quiere acercarse a Dios, pero le falta fervor en la oración. Sin embargo, reza como puede, aunque no muy decidida a dejar sus malas costumbres ni a cortar con sus amistades del pasado. El 27 de noviembre de 1925 Liane coge una congestión pulmonar.

En 1926, pensando que podía morir, escribe una carta testamento a Georges, dejándole todo su dinero para que él haga lo que desee con él. Dice: Él me ha dado el más bello tesoro del mundo. Sin él yo no habría podido atreverme a acercarme a Dios, a pensar en Jesús y rezar a la Virgen y hablar a santa Ana. Él me ha lavado de todos mis fallos y todo eso lo ha cumplido fácilmente porque me amaba ⁴. El 24 de marzo de 1936 Liane habla de su nueva amiga Manon Thiebaut. Dice que ella tiene talento.

Con unos ojos admirables y unos bellos cabellos. La considera un don del cielo. Yo la amo mucho y ella parece estar atraída por mí. Me ha sonreído y me ha abrazado ⁵, pero Georges se enamora de Manon y ella de él. Georges le

⁴ Ib. p. 239.

⁵ Ib. p. 242.

propone a Liane vivir una vida de tres, él con ellas dos, pero Liane no acepta y exige que se vayan de casa.

Desde que su esposo se va con Manon, le desaparecen a Liane las gripes, los dolores reumáticos y otros males que solía tener frecuentemente. Georges por su parte va con Manon a Rumania y la presenta a su madre y a su tía. Su familia la acoge bien. Liane encuentra una nueva amiga, Mimy Franchetti. Natalie, su antigua amiga, también se presenta al saber que está separada de su esposo, pero Liane se queda con Mimy, que le da lecciones de italiano. Por su parte Liane perdona a Georges y a Manon y se siente tranquila en su nueva vida. Quiere obtener el divorcio oficial y contrata al mejor abogado que encuentra. Pero cuando ya el divorcio está a punto de salir, Georges vuelve arrepentido y quiere que Liane lo reciba de nuevo como esposo. Georges con Manon habían llevado una vida de vicios que, al final, se quebró. Algunos amigos le aconsejan a Liane que lo reciba. Max Jacob en concreto juega un papel decisivo en este asunto y Liane acepta al fin recibirlo. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que Mimy tenía demasiados defectos. Dice: Fuma mucho, bebe mucho, le gustan mucho los pasteles y las salsas pesadas, tiene crisis, borrascas, mucha delgadez y mucha tristeza. Liane la presenta a Emilienne d'Alençon y así la consuela.

En febrero de 1927 Liane consiente ver de nuevo a Georges, que está enfermo en una casa de salud. Lo ve envejecido, maníaco y dice que no tiene a nadie más que a ella. Él tiene necesidad de que lo perdone. Después ambos se van a la costa azul, donde atiende a Georges ya curado. El príncipe pródigo es bien recibido por ella, que anota: Entre la ruptura con Mimy y el regreso de Georges, he dormido con Sonia. Yo tenía los sentidos desencadenados. Sufrí choques nerviosos muy fuertes para mí. Todo mi cuerpo ha sido sacudido violentamente.

Durante los paseos de ambos por las montañas o al borde del mar. Ella piensa en Sonia. Dice: *Tengo una pequeña Sonia en mi vida. Ella fue también una maestra de Natalie. Es rusa, linda, fina, pero desequilibrada. Georges me la había enviado a fin de que me convenciera de no divorciarme. Mía me habló de él y yo, fatigada por las crisis de Mimy y torturada por Georges, me dejé llevar*⁶. Liane tiene ya 58 años, Max Jacob le sigue diciendo que tiene madera de santa. Pero se siente desamparada, porque reconoce que Manon ha cambiado radicalmente a Georges, que le propone que pueda tener otras mujeres siempre que lo desee y a la vez estar ella, diciendo que la ama y la adora.

Reconoce que Georges es un enfermo, un onanista desde la edad de siete años, y durante los 18 años de matrimonio ya no lo soporta. En 1927 se plantea la

⁶ Ib. p. 270.

cuestión de si participar en los placeres histéricos de su esposo no hará que ella también se torne histérica. Van los dos a varios médicos. En Grenoble pasan delante de un lugar que tiene un letrero en la puerta: Asilo de Santa Inés, había sido fundado en 1869, año de su nacimiento. Ellos tocan para conocer qué es ese asilo por curiosidad. Allí se albergan enfermos discapacitados mentales. Les abre la puerta la Superiora, Madre Marie Xavier, que les hace visitar la capilla. Al día siguiente regresa Liane sola y habla con la Superiora de sus problemas. A la tercera visita lleva a Georges y ven a los 67 enfermos, entre 8 y 60 años. Gritos, contorsiones, malos olores, etc. Georges palidece. Liane casi se desvanece. Ofrece de momento 500 francos. Después solicita por carta a sus mejores amigos ricos que ayuden al asilo. Recoge pronto 5.000 francos para ellos. Liane en diferentes días termina de contarle a la Madre Xavier sus problemas interiores. Madre Xavier es una de tantas pequeñas santas anónimas, que florecen en los claustros conventuales.

Liane tiene frecuentes migrañas, gastritis, neuralgias, anemia y problemas del intestino. Para combatir algunos de esos problemas, se mete en cama y la visita la Madre Xavier, que la invita, cuando se recupere, a desayunar en el asilo. Acepta a condición de que el desayuno sea a base de pollo y patatas cocidas. Ese día regala 5 kilos de golosinas, 80 panes, 3 kilos de chocolate, tres libras de higos secos y otras cosas. Georges les regala un fonógrafo con sus discos. Después del asilo, visitan la Gran Cartuja, a pesar de que Georges se considera ateo.

Pero los problemas de pareja no se han arreglado. Ella escribe en *Mes cahiers bleus*: *Él no ha abandonado su onanismo, el onanismo destructor de su infancia, de su juventud, de toda su vida y de nuestro bienestar. Él viene amenazante, burlón, me lame como un perro, me echa baba y me deja con mi cuerpo maltratado y mi corazón desgarrado. Me lavo y quisiera bañarme, cambiar de ropa, imposible. Él está allí a tres metros de mí, contento de sí mismo*⁷. Y eso pasa cada noche durante ya 5 años.

A pesar de su oficio de cortesana y estar acostumbrada a todas las depravaciones, eso era algo pasajero, pero ahora está ligada por el lazo del matrimonio y la Madre Xavier le ha dicho que es indisoluble, aunque la Iglesia permite la separación de cuerpos, cuando la convivencia es imposible. Por un tiempo Georges la deja, porque tiene que ir a Rumania, ya que su madre está grave. Ya Liane tiene 62 años y él 47. Su vida conyugal es un desastre. Durante los tres últimos años, ella ha conseguido mucho dinero de sus amistades para el asilo. Ha podido instalar calefacción central hasta en la capilla, agua corriente, piscina, lavabos etc., con 300.000 francos recogidos.

⁷ Ib. p.288.

En 1931 anotó: *Esta obra ha llegado a ser la razón de mi vida. Estos discapacitados y las hermanas admirables son toda mi familia. Cada día sigo leyendo el libro la Imitación de Cristo. El cielo guió mis pasos el 15 de agosto de 1928, día de mi fiesta, al asilo de Santa Inés (Sainte Agnes) y ha sido mi obra y mi ocupación. En leyendo esto, algunos se reirán diciendo que sois una loca y exaltada. Soy una mujer que sólo lamenta una cosa en estos días benditos: es no tener algunos pocos años de ancianidad para ofrecer a Dios* ⁸.

Cuando Georges regresa de Rumanía está enfermo. En junio de 1932 le declaran que tiene un tumor en su labio superior. Tumor que fue quitado con el bisturí y que se había agravado. Georges no puede abrazar a Liane, que se libra de sus besos, que no soportaba más. Ella confía su esposo al doctor Regnault que pronuncia la palabra sífilis, poco a poco ella aprende a ver a Dios en todas las nubes y en los dolores. Le dicen que en el asilo de Santa Inés todo va bien, gracias a la generosidad de los amigos. Ella hace revisar a Georges en París por el médico Fiessinger. El sufre de cirrosis hipertrófica y por el momento no necesita una operación. El 8 de junio de ese año 1932 festejan sus 22 años de matrimonio. Georges quisiera que Liane le acompañe a Rumania a la cabecera de su madre. Liane rehúsa. Cuando Georges regresa, los dos embarcan en el barco *Wisconsin* y van a Norteamérica. Regresan el 27 de noviembre de 1932. El 4 de enero de 1933 se entera de la muerte de Manon Thiebaut, la querida con la que Georges se había ido, separándose de Liane. Ella se comunica con la Madre Xavier que le hace ver más allá del barro de esta tierra ⁹.

En 1935 Liane solo piensa en un encuentro con Dios y sigue leyendo su libro favorito: *La Imitación de Cristo*. Georges, como todos los veranos, va a Rumania con el pretexto de cuidar a su madre y después va a Florencia a ver a su tía Jeanne. El 8 de junio de 1935 Georges y Liane festejan sus bodas de plata, 25 años de vivir juntos. Georges está lejos y ella recibe la visita de Madeleine Vionnet, que le deja mil francos para el asilo Santa Inés. El amigo Alfred Benjamín tiene 80 años. Ella siente la necesidad de sentirse amada con sus 66 años. Su suegra muere en Bucarest el 19 de septiembre de 1935. Cuando llega Georges, van los dos tres días a Londres. En 1936 Liane se entera de la guerra civil de España. Georges, que habla correctamente el francés, italiano, inglés y alemán, devora los periódicos y lee entre líneas que en el futuro habrá una guerra europea. En Francia se suceden las huelgas, se devalúa el franco, los discursos de Hitler y Mussolini confirman el pesimismo de Georges. Ellos quieren evitar la guerra y piensan en ir a América del sur pero al fin se van a Suiza, a Lausana, donde se alojan en un hotel tranquilo. Allí todo es calma y silencio.

⁸ Ib. p. 295.

⁹ Ib. p. 323.

Liane se había acostumbrado a la vida fácil de un hotel, donde se libra de las tareas domésticas. Ya tiene 68 años. Ocupa su tiempo en oración, en lectura y alguna labor de manos femeninas y también escribe a los amigos. De 1937 a 1942 muchas veces por semana la tía Jeanne recibe letras de Georges, que solo nombra a Liane tres veces en todo ese tiempo en las cartas. En 1938 el franco es devaluado por tercera vez. Hitler invade Austria. En septiembre de 1939 comienza la segunda guerra mundial. Los dos, por efecto de una intoxicación alimenticia, son internados en una clínica dirigida por unas religiosas. Liane reconoce inmediatamente la bondad de sor Margarita como un don del cielo. Se ocupa de su cuerpo y también de su alma. Allí encuentran al padre dominico, el conde Rzewwuski, que había sido artista. Liane habla con él y siente que para ella fue como un regalo de Navidad. Las conversaciones con este padre le producen santas alegrías. Ella le refiere sus remordimientos y arrepentimientos. Él la puso a los pies de Dios como una mendiga, que ya no puede ofrecerle su belleza y sus fuerzas. El padre era director espiritual del seminario internacional de los dominicos de Friburgo y queda también como confesor de Liane y como su guía hacia la santidad. En enero de 1941 ella le entrega los escritos de sus *Cuadernos azules* (cahiers bleus).

Liane renuncia al principio que había regido su vida de ser siempre la primera en todo y la más bella, y quiere ahora ser la última de las últimas. Y se compromete como terciaria dominica y es recibida como la hermana Anne Marie de la Penitencia, como terciaria seglar. Ella le escribe a Madeleine Vionnet: *Georges ha hecho un dibujo, representándome en el momento de mi profesión, donándome a Dios hasta la muerte bajo la Regla de la tercera Orden de santo Domingo. Delante del altar, en el coro, sola, arrodillada, sin dudar, hice mi profesión, porque el día en que la hice oficialmente había tenido algunas repeticiones o fallos al leerla. Las 56 hermanas estaban felices y han cantado detrás de las rejas con una sola voz, el Te Deum y el Veni Creator spiritus. Era el 14 de agosto de 1943. A partir de ese día ella rezaba cada día el rosario, recitaba el oficio de la Orden y leía el Evangelio diario.*

Por otra parte, ambos esposos siguen día a día los acontecimientos de la segunda guerra mundial y se preocupan de sus amigos que, como Max Jacob, no han tenido la oportunidad de estar fuera de peligro. El mismo Max Jacob murió en 1944 en el campo de concentración de Drancy. La situación económica de Liane, que tenía fondos en Francia y en Inglaterra, es difícil. La tía Jeanne, que había dejado Italia, se instala en Suiza, en Lausana, muy cerca de su habitación del hotel. Liane dice a Goerges que quisiera morir en el asilo de Santa Inés, porque sabe que la Madre Xavier es una santa y es maravillosa ¹⁰.

¹⁰ Ib. p. 357.

Por su parte Georges sigue increíble y todas las tardes toma el té con su tía Jeanne. En 1944 ella tiene 75 años y Georges 60. El 10 de abril de 1945 Georges muere súbitamente de una hemorragia cerebral, estando tomando té con la tía. Liane le habla al padre Rzewuski para que vaya al hotel donde vive la tía y ver qué ha pasado. Y el padre le da la noticia de la muerte de su esposo. Georges, era de religión greco-ortodoxa, aunque no era creyente real. Liane se preocupa de inmediato de la sepultura y demás cuestiones documentarias y llama por teléfono a la tía Jeanne para coordinar algunas cosas. Liane en ese momento estaba en cama por una neumonía y solo podía comunicarse por teléfono. Ella telefoneó también a sor Margarita, quien envió a sor Bridget y a sor Louise para velarlo. En su testamento, Georges deja toda su herencia a Liane. Esta prueba de amor no hace más que aumentar su tristeza. Desde ese momento, Liane está sola en el mundo y sola con Dios. Y lo que le había sucedido en la muerte de su hijo Marc, también le sucede ahora: Náuseas, anorexia, insomnio, depresión. Ella se acusa de no haberlo tratado con más indulgencia a su esposo. Tiene remordimientos. Poco a poco se cura. A Gabriel Mullen, que es su legatario universal, Liane le da sus joyas, diamantes y esmeraldas. Solo ella sabe cómo las ha ganado. Se despoja de ellas para no ser cortesana. A un amigo arruinado, le regala su apartamento de Batignolles. Quiere vivir realmente bajo los votos de pobreza, castidad y obediencia como deseaba santo Domingo.

En 1947 Liane tiene ya 78 años y sufre de artrosis. No ha renunciado a terminar sus días en el asilo de la Madre Xavier. Y quiere ser enterrada en el cementerio que está junto al asilo. Y cuando la Madre Xavier le dice que ella hará que la entierren como ella quiere, se emociona. Y anota: *He llorado de emoción, diciendo, Madre querida, yo pido ser enterrada a sus pies. Ella me ha respondido: "No, usted estará a mi costado, estaremos unidas en la muerte como en vida. Ella tendrá siempre flores sobre la tumba y yo no pediré nada. Dios es bueno y yo se lo agradezco"* ¹¹.

Liane se había impresionado por la conversión de Eva Lavallière y había leído su Autobiografía. También como ella se entregó enteramente a Dios. Quería morir un día de fiesta, un día de Pascua, la fiesta de Todos los santos o de Navidad. Esa sería la señal que esperaba como prueba de que Dios la perdonaba a ella, que había sido tan pecadora. En diciembre de 1950 esperaba morir el día de Navidad y veía que se acercaba su fin. Entró en agonía el día de Navidad y murió en Lausana poco después de la medianoche el 26 de diciembre. Fue enterrada sin asistencia. Solo asistieron unas seis religiosas con la Madre Xavier y dos representantes de su familia Chassaing, una sobrina y un sobrino. Antes de morir dijo: *Qué mundo. La misericordia de Dios es infinita* ¹².

¹¹ Ib. p. 369.

¹² Ib. p. 376.

En el sueño que había tenido su madre con la Virgen María, le había dicho María que la hija que iba a nacer terminaría como una gran santa del paraíso ¹³. Quizás nunca será canonizada solemnemente por la Iglesia, pero creemos que por su conversión y su vida, entregada al final de sus días a Dios y a servir a los más necesitados, los discapacitados mentales del asilo Santa Inés, tendrá un lugar en el cielo, como una santa a los ojos de Dios, aunque sea como tal desconocida por los hombres.

EVA LAVALLIÈRE

Nació el 1 de abril de 1866, el día de Pascua, en Toulon (Francia). Sus padres eran de origen italiano y de apellido Fenoglio. Ella recibió los nombres de Eugenie Marie Pascaline. Cuando tenía 10 años, su familia emigró a Perpignan. El padre era extremadamente celoso de su esposa y, animado por terribles celos, hacía del hogar un infierno. A tal punto llegó que un día, después de un altercado violento con la esposa, él le disparó y ella cayó mortalmente herida. Creyendo que había matado a su esposa, ya estaba apuntando a su hija pero ella saltó por la ventana y él se disparó a sí mismo y murió en el acto. La madre murió poco después con 42 años. Eugenie Fenoglio quedó huérfana y fue confiada a su tía Garnier que tenía buenos sentimientos, pero era muy severa y la niña por su parte era bastante rebelde por naturaleza y no se podía acomodar a las normas severas que le imponía la tía.

En junio de 1878, con 12 años, recibió en la basílica de S. Juan la primera comunión. En julio de ese mismo año fue confirmada por Monseñor Gaussail.

De casa de su tía se puso a trabajar en una casa de modas, que fue para ella hogar y taller. De ese taller se fue a Niza, donde tenía un tío que dirigía una pensión. Había avisado de su llegada, pero en vez de ir directamente a Niza, se fue primero a Montpellier y tres días después apareció en Niza, en casa de su tío. Fue rechazada por el tío por no haber cumplido su palabra y él haberla esperado en vano.

Su vida hasta ese momento había sido ir en busca de alguien que la acogiera con amor. De la casa de la tía Garnier había ido al taller de modas, de ahí al tutor Caffè, del abuelo materno de Marsella al hermano recluido en la prisión de Tolón y de allí al tío de Niza. En ninguno de estos lugares había encontrado correspondencia a su necesidad de amor y había huido de todos como una ingrata. Por fin llegó a París y, como sentía inclinación al teatro, observó que

¹³ Ib. p. 14.

había muchos teatros. En ellos encontraba momentos de felicidad. Su mirada devoraba los escenarios y los actores. Sobre todo las mujeres le inspiraban una sensación de envidia. Quería ser como ellas. Recibió un curso de dicción y de canto y se inició en una compañía de actores de segunda clase. Salió a escena con su nuevo nombre de Eva Lavallière. Se dejó llevar del pecado, solicitada por algunos dirigentes que le prometían subir de categoría y ella cayó para encontrar apoyos y protecciones.

Tenía una fuerte voluntad y todo su empeño era ser la primera y de mejorar cada día para ser aplaudida por todos. En 1890 con 29 años Eva ya había conseguido el primer plano en el teatro *Varietés* y era la protagonista de muchas obras teatrales. En 1895 era íntima amiga del director de Varietés, Fernando Samuel, y con él tuvo una hija, Juana.

En París fue muy aplaudida. Tenía dotes innatas para el teatro. Hombres, distinguidos, reyes y príncipes la aplaudían, como Eduardo VII, Alfonso XIII, el rey de Portugal, el príncipe Enrique de Baviera y Felipe, el duque de Orleans. Ella trabajó con diferentes compañías de teatro y en todas triunfó.

En 1911 tuvo una grave enfermedad y debió estar varias semanas en un sanatorio de la calle Bizet de París, dirigido por unas religiosas. Fue operada por el doctor Gosset y la Superiora le ofreció los consuelos de la religión. La hermana Baptiste la cuidó toda la noche y Eva le dijo: Hermana mía, usted está inquieta. Si he de morir, quiero hacerlo en cristiano. La muerte no me da miedo. Soy actriz, pero ante todo soy cristiana. Ya en ese tiempo rezaba el rosario. Las visitas fueron prohibidas durante doce días y Eva estaba tranquila. Al segundo día de la operación le dio un colapso que pudo ser fatal.

Una de las religiosas que la cuidó refiere: Entre las artistas que han pasado por esta casa, donde estoy desde hace 37 años, he encontrado algunas almas nobles y desinteresadas. Pero ninguna me parece más sinceramente religiosa que Eva Lavallière. Ella me contó su vida con franqueza y humildad, me habló de sus buenas maestras y de su primera comunión, me enseñó el retrato de su hija, entonces en una pensión en Inglaterra, e insistió muchas veces sobre la incurable tristeza de su alma, no obstante de su fortuna y sus triunfos. Recordaba todavía sus oraciones y recitaba con devoción el rosario que sor Urbana le había regalado.

Pero cuando pudieron entrar las visitas de escritores teatrales, críticos de los periódicos, etc., ella pareció ser otra muy distinta, pues todo lo pasado había regresado, ya que ella pertenecía al público y no pudo rehusarse a quienes la amaban. Antes de dejar la clínica, pasó antes por la capilla para el *Magnificat* de acción de gracias. De nuevo era la artista, amante de aparecer elegante. La

Superiora se preguntaba qué era de sus apariencias cristianas de poco antes. La enferma había vuelto a la salud y al mundo que la esperaba. Lo bueno fue que, estando en la clínica, había conocido a Leona Delbec, de apenas 22 años, y que a partir de entonces fue durante toda su vida su fiel amiga, compañera y ayudante para todo ¹⁴.

Pero Eva no era feliz en medio del mundo, de sus lujos y de sus éxitos. Una noche después del espectáculo sintió una angustia atroz que la sofocaba y tenía ganas de llorar. Salió sola por la ciudad. Fue sin rumbo, se acercó al río Sena y pensó en acabar con todo de una vez y encontrar para siempre la paz. Pero en el momento de inclinarse hacia el agua, un barquero pobre la salva. No la conoce, pero le da consejos que el buen sentido le inspira. Cuando la reconoce, renueva sus consideraciones prácticas y añade conmovido su admiración y le hace ver lo que vale la vida que hemos recibido. Superó la tentación y se dejó acompañar a casa triste, pero agradecida ¹⁵.

En 1914 murió el padre de su hija, Fernando Samuel. Lo sintió mucho y para olvidarse se fue a Londres y allí junto al Támesis deseó morir. Dios no lo quiso, pero ella salió destrozada de la tentación. Buscaba consuelo para su alma, ese consuelo que llenara su vacío interior y le diera la paz. Tenía ya casi 50 años y, aunque no lo aparentaba, ella se sentía vencida por tanto peso que llevaba en el corazón. Se acordó del barquero que la había salvado bajo el puente de Alejandro III en el Sena y que se había despedido de ella con las palabras: *Solo en Dios está la paz*.

En sus momentos de mayores triunfos se sentía tan vacía por dentro que pensó en suicidarse. Nos dice: En medio de mis más grandes éxitos, me llevaba del escenario una tristeza terrible. Muchas veces lloraba. Me parecía que una voz me perseguía diciendo: Eva, no estás hecha para esto. Algunas veces me desesperaba hasta el punto de quererme suicidar. He sufrido siempre y tan cruelmente que muchas veces me sentía dominada por el pensamiento de matarme.

El año 1917 con 51 años quiso descansar y alquiló en Tours el castillo de *Porcherie*. El padre Chasteigner, párroco de ese pueblo *Chanceaux*, a dos leguas al norte de Tours, era el representante de la agencia que cuidaba del castillo por encargo del propietario que había fallecido y había dejado como herederos a sus dos hijos, que eran todavía menores de edad. Mientras tanto el párroco se encargaba de administrar la propiedad del castillo.

¹⁴ Lavallière Eva, *Mi conversión*, Ed. Atlántida, Barcelona, 1946, p. 38.

¹⁵ María Castiglione Humani, *Eva Lavallière*, Ed. Paulinas, Madrid, 1953, p. 47.

El castillo *Porcherie*, actualmente *Choisille*, era una finca importante. Tenía en ese tiempo 15 empleados entre criados y trabajadores agrícolas. El castillo está ubicado en medio de un parque rodeado de cedros y encinas majestuosas. El párroco invita a Eva a misa diaria. Por su parte, Eva disfruta de la soledad y solo recibe a algunos amigos especiales, dando cortos paseos por los alrededores.

Un día fue a visitar el asilo que tenían en Tours las hermanitas de los pobres. Habló con aquellas buenas personas y les dio un regalo a cada uno. Un ciego le expresó el deseo de comer uvas y ella fue al mercado a comprar hermosos racimos para el anciano. Al despedirse le dio a la Superiora un billete de 500 francos. Eva siente en su interior deseos de Dios, porque tiene un vacío en el corazón que nada material lo puede llenar. Le piden al párroco que les dé clases de religión y Eva con Leona asisten como alumnas interesadas en aprender. Leona se preparó para la primera comunión.

Eva decidió confesarse con el párroco y fue tan satisfactoria esa entrevista y confesión que de ahí en adelante lo llamará su padrino. Al día siguiente hizo su segunda confesión y la víspera del 19 de julio la tercera para poder comulgar ese 19 de julio en que Leona hizo su primera comunión. Desde entonces Eva nunca faltará a la misa del domingo y además, por lo menos tres o cuatro veces por semana, según sus obligaciones, pero siempre que iba a misa comulgaba.

La iglesia estaba a 3 kilómetros del castillo y en ayunas, con cualquier tiempo, iban las dos, Eva y Leona a misa y a comulgar. Cuando la misa se celebraba en Notre Dame d' Oé estaba a 5 kilómetros y también asistían e iban caminando. Eva se sentía tan atraída por Jesús Eucaristía que incluso le pidió a su padrino y confesor la confesión diaria. En el castillo transforma una sala en capilla donde pasa largas horas en oración. Cuando va a visitar a su hija al castillo de Baslemont, sufre mucho al ver a su hija convertida en hombre y que exige llamarse Juan y no Juana. Ella dice que el mundo que aprueba esas cosas está formado por seres que no conocen a Dios y viven únicamente su vida terrenal, no piensan en su alma ni en la muerte ni en el más allá. Su hija es una derrochadora y tiene muchas deudas. Ella trata de solucionarlas con su dinero. Cuando se retira del castillo de su hija ha gastado mucho, demasiado dinero en saldar sus cuentas sin ningún éxito verdadero. Vuelve a París y trata de vender muchas de sus cosas, como muebles y joyas, para obtener dinero. Dijo haberse desprendido hasta de las medias y los zapatos.

Anotemos que desde el año 1917 nunca más actuó en el teatro y, aunque muchos de sus amigos la reclamaban y le presionaban para que volviera, ella nunca más cedió a la tentación. Al llegar a este punto anotemos que los éxitos y triunfos mundanos en el teatro le hicieron conseguir mucho dinero de sus

admiradores íntimos, que eran personas de dinero. Tuvo a su hija con el director de Varietés Fernand Samuel, y heredó el castillo de San Baslemont, propiedad de su padre, cuando él murió.

Un día, estando en el castillo, un embajador extranjero le escribe que le conceda una entrevista. *Y ella le contesta: Imposible recibirle, envíe urgentemente un cheque de diez mil.* A vuelta de correo le llegó el cheque y lo gastó en obras de caridad. Ella cada día, con su ferviente oración, la misa y la comunión, se va afianzando más en su amor Dios, pero su salud con sus 51 años se va resquebrajando. A la vez siente grandes deseos de entrar a un convento de carmelitas descalzas. Lo intentó con insistencia, pero siempre fue rechazada, quizás por su vida pasada, por su mala salud o por lo que fuera. Intentó llamar a otros conventos y, aunque alguno le dio esperanzas, al final todos sin excepción le negaron la entrada.

Veamos lo que nos dice Eva en algunas de sus cartas al párroco de Chanceaux: Ayer, domingo, fuimos (con Leona) a oír misa en la iglesita del castillo (de su hija). La misa me ha emocionado profundamente. La capillita es una joya. El sacerdote era joven y acababa de llegar del frente en el cual no ha podido continuar a causa de sus ojos y nos ha dirigido un hermoso sermón. Esta mañana temprano, cuando todos dormían, he rezado una corta oración a mi ángel de la guarda y al momento me he animado y he saltado de la cama diciendo: Es preciso que me^{oooo} marche, no debo amparar esta situación. Mi huida con mis oraciones hará más por mi hija Juana que si me quedo.

El 5 de septiembre le escribe de nuevo al cura desde el castillo de San Baslemont: Llevo una vida de trabajo en este país tan hermoso con esta iglesita, casi capilla, cuyos altares adornamos con flores nosotras mismas y en donde vamos cada día a rezar nuestro rosario y en donde vivimos, por así decirlo, puesto que desde la iglesia se oye hablar en el patio de nuestra granja y Jesús está allí en su tabernáculo siempre presente.

Desde Baslemont le escribe al cura, su padrino:

Mi querido padrino: El lunes fuimos a Saint-Pierre-Fourier. Es un gran santo, muy amado aquí, pues Dios le concedió la gracia de hacer muchos milagros. Hemos tenido que levantarnos a las cuatro de la mañana, pues se encuentra bastante lejos de nuestra casa. Leona y yo hemos comulgado, y puedo decirle que comulgamos con todo nuestro corazón, con nuestro nuevo corazón. El Buen Padre, como se le llama aquí a ese gran santo, nos ha demostrado al momento su poder salvándonos la vida. Tuvimos un accidente que habría podido, sin su intervención, ser mortal para alguno de nosotros, en último caso muy grave. Me escogió para que yo tuviera la feliz inspiración de querer bajar

del coche un segundo antes, y nos libramos del peligro a cambio de ligeros daños en el coche, gracias al miedo y sobre todo gracias a la protección de nuestro Buen Padre: Ayer, miércoles, fuimos en peregrinación a Nuestra Señora de Sion, Nos levantamos también a las cuatro de la mañana; hacía un frío glacial; fuimos en el cochecito de Juana, que está hecho con una plancha, dos ruedas de un viejo auto de su padre y asiento para dos, en el cual, encogiéndose mucho, pueden caber tres. Partimos, como el día anterior, a las cuatro, con Leona sentada a nuestros pies, un cesto de provisiones, y avena para el caballo. Hemos recorrido cien kilómetros en esa situación. No hemos regresado hasta la media noche, molidas y cansadas, pues llovió y de cuando en cuando hacía frío, y cien kilómetros en ese país montañoso, de laderas abruptas y pendientes muy pronunciadas y un cochecito sin freno, no puede usted imaginarse lo que significa. No obstante, llegamos a Nuestra Señora y Leona y yo comulgamos, eran las once. Nuestra emoción fue muy intensa, y Juana la compartió con nosotras. Juana lloró al verme comulgar; reza y se arrodilla religiosamente.

¡Oh, mi querido señor cura! Experimento emociones inolvidables. Comprendo que mi hija se redime. La Virgen Santísima, a la cual se la he consagrado al encontrarme indigna de ese hermoso título de madre, me devuelve el corazón de mi hija. Siento que ese corazón vuelve a mí por entero; a mí, indigna, la Santísima Virgen me proporciona el supremo goce de trabajar para purificar dos almas; no puedo decirle, no sabría cómo expresarme para darle a conocer lo que siento; pero mi felicidad es muy grande.

Ahora voy a decirle —a hablar de mí— lo que me ha ocurrido esta mañana. Al levantarme he empezado a arreglar mi maleta, porque ya había dado órdenes y decidido marchar el viernes para llegar el sábado a la Porcherie. Juana ha venido a sorprenderme, pues los demás, así como Leona, dormían aún cansados del día anterior. ¿Qué le diré, señor cura? La he visto llorar y decirme: “¡Oh, mamita!, no te vayas aún; tengo necesidad de ti”. ¡Cuánto me ha dicho esta frase! Inmediatamente la he apretado contra mi corazón y le he dicho: “Me quedo”. Eso es todo.

Tengo una alegría infantil de volver a mi querida Porcherie, de ver a usted, ver a mi querida iglesita de Chanceaux, pero ayer pedí a la Virgen Santísima la conversión de mi hija y esta mañana me ha proporcionado la alegría de poder hacerle este sacrificio (pues esto es uno y grande). Me concederá lo que le pida, lo sé, lo siento, estoy segura de ello; por mi parte, mientras tanto, lo haré todo, para satisfacer a la Virgen, muy feliz si puedo hacerlo con mis pobres y escasos medios.

He vuelto a sacar las cosas de la maleta y... quedo otra vez, probablemente hasta el 15 de octubre. Verdaderamente, esta determinación me aflige y esta idea me entristece mucho, pero es preciso hacerlo.

Es una prueba muy pesada, pero debo soportar sin quejarme, ¿no es cierto? Además, señor cura, otra cuestión..., de dinero. Juana debe en todas partes; yo pago, pago y no tengo medios para continuar con el alquiler de la Porcherie; este dinero es necesario aquí para vivir y vestirse, pues ella no tiene ni camisa; hasta aquí llegó. Espero, no obstante, que antes de mi marcha definitiva para el... convento... tendré la alegría de ir a pasar algunos días en cualquier rincón de Chanceaux, para revivir todo lo que echo de menos con pena del corazón. Usted, señor cura, usted lo es todo para mí en la tierra después de mi hija; usted ha sido mi salvador, mi padrino, mi director, aquel de quien quiero tomar consejo para mi porvenir en Dios. ¡Oh! ¡Cómo desearía ir a verle...! En fin... escíbame pronto; necesito sus cartas, sus estímulos, sus oraciones, sus consejos.

¿Ha escrito usted al Carmelo? ¿Tiene ya el medicamento para mis ojos? Si pudiera mandármelo, me haría un gran favor, pues no tengo nada para lavármelos y no los tengo muy bien.

Bendígame, mi señor cura, y ruegue a Dios por mí, que Él me dé resignación y me haga la gracia de amarle más y más, pues para mí ahora solo eso tiene importancia, y, dicho de otro modo, deseo con mi corazón, que solamente esto tenga importancia desde ahora. Le envié el recuerdo más triste, pero siempre afectuoso y agradecido de su ahijadita. Eva Lavallière.

Permaneció en Saint-Baslemont hasta el 15 de octubre como ella tenía intención. La conversión de Juana no se realizó tan pronto como esperaba. Dejó los Vosgos algunos días después de la última carta que hemos citado.

Eva volvió a la Porcherie para encontrar la calma y la soledad de las que tenía sed inmensa. Sus deberes religiosos son la parte esencial de su vida. Las decepciones no la abaten. Su fuerza está en la oración, en su fe sin límites. Ha conservado su natural decidido y su alegría contagiosa.

Como la Porcherie necesita mucho personal, busca deshacerse de su alquiler. Su deseo es vivir sola con Leona, en condición modesta. Pero es muy difícil hallar en Touraine la casa que hubiera deseado. Es preciso, pues, pensar en otra cosa. Desea con premura establecer su nueva existencia. La decisión que

ha tomado de dejar para siempre el teatro, es irrevocable. Sus colegas la acosan, la persiguen para que vuelva, pero ella no cede ¹⁶.

A fines de octubre de 1917 Eva con Leona va a Lourdes. Le aconsejan que hable con el padre André, belga, vicario de la parroquia. Al día siguiente fue a oír misa en las carmelitas. Su deseo de entrar en el convento de carmelitas descalzas le domina y expone sus deseos al nuevo confesor, pero no se consigue nada. Regresó al castillo de *Porcherie* Un día entero no tomó ningún alimento, lo hizo en sufragio del alma del padre de su hija. Una noche de invierno se contentó con cubrirse con una sencilla manta de algodón. Permaneció toda la noche tiritando de frío sin poder dormir ni un solo minuto. A instancia de Eva, el padre André le presenta a las Damas auxiliadoras a las que visita a menudo.

Otro día por la mañana con tiempo frío y lluvia torrencial, dice, hemos ido a misa. Qué sublime espectáculo. La basílica estaba llena de soldados. Todos han comulgado con fervor y en muchas capillas se celebraban misas, al mismo tiempo, por sacerdotes jóvenes que terminada la misa, se quitaban las vestiduras sagradas, las colocaban encima del altar y se iban con los otros. Es un espectáculo inaudito, que reanima al corazón y eleva el alma. Me consagro a Dios todos los días con más fervor. He bebido agua de la gruta y he lavado mis ojos ¹⁷.

Pide a las religiosas de la Inmaculada Concepción que la reciban como pensionista y lo consigue. Anota: Todas las mañanas asistimos a la santa misa y recibimos la sagrada comunión en nuestra casa. Estamos en la mesa de la señorita que dirige a las pensionistas. Hace que tengamos nuestra hora de adoración al Sagrado Corazón de Jesús y el primer sábado del próximo mes nos asociaremos. Es la misma adoración que la del Sagrado Corazón de Montmartre. En resumen, somos muy felices. Todas las pensionistas son solteras. Nos adaptamos a esa nueva sociedad, pues sus almas son bellas y eso es lo esencial ¹⁸. La señorita Caplat nos da una hora de clase de religión. Es exquisita para con nosotras. Se ha unido a nuestras almas, conoce nuestra historia y nuestra ignorancia, nos explica el catecismo y la religión como a niños pequeños y salimos de su habitación, pensando siempre que la hora ha sido muy corta y nos llevamos de ella cada vez un conocimiento nuevo. Esta señorita hace eso desinteresadamente por puro amor a su prójimo, es un hermoso y buen ejemplo para nosotras ¹⁹.

¹⁶ Eva, *Mi conversión*, pp. 32-35.

¹⁷ *Ib.* pp. 52-53.

¹⁸ *Ib.* p. 57.

¹⁹ *Ib.* pp. 58-59.

Allí en Lourdes contempla atenta la cadena de misas que cada día se celebran en la basílica de la gruta. Observa las plegarias que se elevan suplicantes a la Virgen y ve la fe de los enfermos. Allí toca con su corazón el espíritu sobrenatural que la llena de paz. Nueve días al mes se baña en la piscina milagrosa, donde el agua está helada. Calza zuecos rústicos, que le producen llagas en los pies, y toma lecciones de religión. Estaba alojada con Leona en una casa de religiosas que tenían pensionistas mujeres. Un día la Superiora les permitió a las dos inseparables ir a buscar leña para su fuego. El frío era intenso y Eva relata: Veníamos de haber recogido un poco de leña, lo que significa que nos vamos a calentar como los pobres con la leña mendigada, pero con esta diferencia: que los pobres lo hacen por necesidad mientras que nosotras dos lo hacemos por penitencia. Allí en Lourdes hizo penitencia y muchas oraciones por su hija, abandonada a una vida de pecado. Cuando ella le escribe a Juana que cambie de vida, ella le responde con acento dominante que ya tiene 20 años y no quiere que nadie la mande.

Cuando llega el frío del invierno y nieva, dice: Tengo las manos hinchadas y estoy constantemente helada. No bebo más que agua helada y temo que no pueda soportar todo este frío. Hace tres días tuve una depresión, que me sobrecogió toda. ¡Tenía tanto frío! En su habitación el frío entraba por la puerta, que cerraba mal, y por la ventana, donde la cortina de percal flameaba como una bandera por falta de vidrios. En la Navidad de 1918 vino Juana a visitarla, no por amor, sino a buscar ayuda. A pesar de todo, consigue llevarla a la gruta y hacerla rezar. En ese momento Juana estaba muy triste porque su amiga íntima la iba a abandonar, pero cuando pasan algunos días, Juana, que sigue siendo la misma, se retira. En el pesebre del pensionado Eva le venda los pies al Niño Jesús. La Superiora pregunta quién ha sido y ella responde: He sido yo, quería preservarlo del frío. ¡Maravilloso detalle con Jesús al modo humano, pero valiente y provechoso!

En diciembre de 1917, escribe al cura: *Me pregunta el empleo de nuestro tiempo, hora por hora, voy a decírselo: nos levantamos a las seis menos cuarto; vamos a la capilla a rezar nuestras oraciones a las seis y media, después de lavarnos con el agua fría; a las siete, misa y todos los días comulgamos; a las ocho desayuno; luego Leona arregla nuestras habitaciones mientras yo hago punto de aguja leo un poco. Tengo mi hora de adoración de nueve a diez: Leona va de diez a once. Después vamos a la Gruta a rezar una parte del rosario; me lavo los ojos; bebemos un poco de agua, y nos volvemos; arreglamos nuestras cosas, rezamos el Angelus y almorzamos. Más tarde la cosa cambia; tan pronto visitamos a una vieja señora de ochenta y tres años, que es pensionista hasta que muera, como vamos al bosque a recoger leña o hacemos excursiones. Luego cosemos, hacemos punto de aguja; leemos hasta las cinco, hora de la salutación. Después de la ceremonia, la señorita Caplat nos explica el Catecismo, como a*

los niños... que eso somos, durante una hora. A las seis y media rezo mis oraciones de la noche, que son bastante largas, porque junto muchas cosas. Una vez dicho el Angelus, la comida. Nos vamos a acostar después de rezar brevemente, y esto es todo. Y así cada día menos los domingos, que oímos dos misas y asistimos a las Vísperas. Todos los viernes hacemos el Víacrucis. Estamos en Adviento y haremos algunas pequeñas mortificaciones permitidas por nuestro confesor.

Sus dos ahijadas que le envían sus afectuosos y respetuosos saludos. Eva Lavallière.

El sábado se nos admitió como adoradoras del Sagrado Corazón de Montmartre. Estamos muy contentas.

El 9 de enero de 1918 le dice al cura, su padrino: Por ahora con los seis francos por mes de electricidad y la pensión, gastamos 360 francos, sin contar la leña, la cual es necesaria, pero cara; sin contar tampoco una taza de café de vez en cuando para calentar nuestro estómago helado. El dinero se gasta, y por tanto vivimos pobres como ratas. Pero como es preciso comprarlo todo en doble cantidad para nuestro sustento, se va de prisa. En fin, no hablemos más, Dios proveerá. Tengo intención de ir a una pensión más confortable, pues algunas veces ésta es terrible, sobre todo por el contacto con todas estas señoras de primera clase, tan piadosas, tan santas y por tanto muy mimadas, cuyo ejemplo me seduce y hace que muchas veces tenga deseos de tener un poco más de comodidad. Luego recuerdo mi voto de pobreza y resisto... Igual pasa con mis vestidos. La señorita Caplat me ha dicho que mi único abrigo verde está demasiado raído; ya lo sé, pero ¿qué importa? Además, ¿hasta qué punto no seré feliz en el convento? Allí no hay señoras más elegantes y más mimadas, hay una regla, se la sigue, y esto es todo. Del mismo modo aquí hay vida mundana, por poco que tenga el aspecto de eso. El vestido y la elegancia cuentan para alguna cosa, a veces para ¡mucho!...

Espero se encuentre mejor de su desagradable gripe. Piense en nosotras, querido señor cura; métanos en el convento lo más pronto posible. ¡Será tan hermoso!

Le enviamos, Leona y yo, nuestro más afectuoso sentimiento. Su ahijada que le ama mucho,

Eva Lavallière.

Si tiene algunos terrones de azúcar que le sobren, tenga la caridad de mandarlos en un paquetito, pues apenas tenemos una pizca para el café de la mañana, y como estoy enfermiza, me falta para las infusiones. Por caridad, hágame este favor, si le es posible ²⁰.

En carta de febrero de 1918 afirma: Excepto los ejercicios piadosos, no tengo nada que hacer, mis ojos están fatigados lo que hace que no pueda ni leer, ni coser, ni hacer media durante mucho rato. No puedo rezar siempre, porque a la larga me fatigaría. He tenido días de tal decaimiento que no he hecho otra cosa que desear la muerte. Mi confesor ,a quien me he confiado, ve que desde hace cerca de tres semanas la moral empeora. Necesito cambiar de aires, de vida, si no se quiere que enferme física y moralmente ²¹.

Desde el castillo de San Baslemont escribe a su padrino, el párroco. Aquí somos nueve personas con las tres hermanas de X. Soy yo quien mantengo a todos. Estos no son niños, son abismos sin fondo. Mi dinero se va como agua. He tenido que pagar hace poco para que el castillo no sea embargado. En resumen, a no tardar mucho me arruinaré. Todo eso me hace sufrir y no tengo ni sostén, ni consejo, nada, nada. Deseo con ardor la muerte, sí, soy cobarde, pero es así. Espero que se encuentre bien. Ayer hice hacer la primera comunión privada a las dos pequeñas de aquí. La capilla parecía un jardín, todas las flores del castillo estaban en la capilla que resplandecía de bugías y de cirios. Fui feliz en ofrecer esto a Jesús y María ²².

En diciembre de 1918 anota: Hemos mudado de casa. He alquilado no sin trabajo algunas habitaciones en un piso de una quinta enfrente del convento de las Damas de Nevers (el convento de Bernadette). Allí oímos misa cada mañana y rezamos el Angelus cada tarde. La Superiora es una madre de las más tiernas para con nosotras, quiere a nuestras almas y nos lo demuestra a cada instante. Además todas las religiosas se muestran muy buenas y muy afectuosas. A algunos metros de casa está el Carmelo, ya ve usted qué buen vecindario tenemos y la vista es espléndida. Hemos esperado mucho tiempo, pero ahora estamos muy bien. Cada mañana, cuando la campana toca al Angelus allá a las seis, toca también para mí la hora de levantarme.

Rezo todos los días por los compañeros y amigos de otros tiempos. Lo hago especialmente por la conversión de mi amiga Sarah Bernhardt. Cuando vino a visitarme. Robert de Fler, le dije al despedirse: Diga a sus amigos que viene usted de ver a la mujer más feliz del mundo ²³.

²⁰ Ib. pp. 76-77.

²¹ Ib. p. 82.

²² Ib. p. 96.

²³ Ib. p. 111.

Su encuentro con Monseñor Lemaître, arzobispo de Cartago, fue importante para ella. Escribe: Lo vemos casi todos los días en larga audiencia. Nos ha hecho hacer confesión general y nuestra suerte está entre sus manos. Leona le vio sola ayer y ha tomado una resolución. Yo, que estoy enfermiza, lo veré mañana. En todo caso sabemos que está asegurado el momento de ponernos verdaderamente en marcha por el camino del sacrificio y de la expiación. Y nosotras estamos prontas ²⁴.

Eva estaba enferma de nefritis crónica, tenía una lesión en los riñones incurable. Escribe: La Superiora de las hermanas blancas me decía ayer que yo pasaba mi purgatorio con la maleta en la mano y es verdad. En fin, me abandono enteramente a Dios. Tengo confianza en él. ¿Qué importa lo demás? ²⁵.

Sobre el arzobispo de Cartago nos dice: Monseñor nos ha recibido como misioneras en el Sudán, en una ceremonia sencilla y grande en su simplicidad, y consagró a las dos a Nuestra Señora de África. Él sabe que moriré pronto y el Sagrado Corazón le ha inspirado esta buena idea. Misionera, soy misionera. Esto vale tanto como decir: oración y sufrimiento. Se es misionera en una cama de padecimientos, si uno los ofrece, si los acepta con amor para las almas. Esto es hermoso. Qué grande es nuestra religión ²⁶.

El arzobispo acababa de crear en Túnez un centro de enfermeras y llama a Eva para que forme parte de esta organización. Ella sigue sufriendo por sus enfermedades y le escribe a su amiga Margarita Poirot: He padecido mucho, padecimientos morales y físicos, privaciones de todo. Probablemente será así hasta el fin de mi vida, puesto que este es mi camino y bendigo y doy gracias a Dios de que se digne mirar a este ser tan miserable que soy yo. En verdad que grito, lloro, me quejo, gimo, pero mi voluntad quiere aceptar todo lo que quiere la voluntad de mi Jesús. La naturaleza es un vil cerdo (la mía) grita como un cochino antes de que le hayan hecho nada. Es la cobardía de la bestia. Esto es humillante comprobar, pero es preciso que yo lo compruebe. Entonces la voluntad se levanta por encima de todo y dice: Revienta si quieres, pero obedece ²⁷.

Aunque ninguna Congregación religiosa la ha querido recibir en el convento, sí es recibida como terciaria seglar en la tercera Orden de San Francisco.

²⁴ Ib. p. 117.

²⁵ Ib. p. 118.

²⁶ Ib. p. 120.

²⁷ Ib. p.135.

Eva y cinco misioneras, tres francesas y una inglesa y una italiana van hacia Túnez, destinadas a un hospital donde había enfermos árabes y musulmanes. Entre los enfermos ella llega a ser una enfermera genial y fascinadora. Volvió la artista que alivia con el canto, distrae con sus bromas y lleva aires nuevos a las salas. Al llegar el verano, no podía resistir el calor africano y debía volver a Francia, y esto lo hizo en los cuatro viajes que realizó a Túnez. Pero cuando estaba allí, visitaba las poblaciones de la gente pobre, se encariñaba con los niños, sucios y desnudos, expuestos a infecciones de los insectos, y repartía entre ellos algunos regalos para hacerlos felices. Ella cuidaba especialmente a los niños y a sus mamás. Las mujeres indígenas le conquistaron el corazón y ellas miraban estupefactas aquellos milagros de la caridad que ella hacía con su caridad cristiana, para ellas desconocida.

Pero Eva cayó enferma de pleuritis y estuvo bastante grave. En el verano de 1923 las dos, Eva y Leona, volvieron a Francia. El arzobispo se da cuenta de que está muy enferma y le confirmó su misión de ofrenda e inmolación. No sería misionera activa sino contemplativa y víctima ofrecida al Señor. En el verano de 1926 vino a visitarla, estando ya en Francia su admirador Robert de Flers. Él fue la última persona de sus años de artista famosa que la entrevistó. A ella le gustaba llamarse ahora la hermana Eva, no Eva Lavallière, quería ser la última de las últimas, quería brillar por la humildad. Un día un periodista americano quiso visitarla y hacerle un reportaje y le envió un cheque en blanco para que redactase unas cuartillas para los lectores del periódico *Chicago Tribune*, pero ella le respondió: *La historia de mi alma no está en venta*.

Como terciaria franciscana, ella era Eva María del Corazón de Jesús. Su tiempo de vida iba acercándose a su fin. Tuvo que ser operada de los ojos. El oculista confirmó que el ojo derecho estaba perdido y se imponía la sutura de los párpados. Se intentó la anestesia en vano y tuvo que ser operada completamente despierta, abandonada en una silla de operaciones, rehusando hasta la ayuda de la enfermera que se ofrecía a sostenerle la cabeza. Un lamento sordo salía de sus labios, pero le ofrecía su dolor al Señor. El ojo quedó cerrado bajo las vendas y el oculista prometió volver un mes después para liberarlo, pero ya no la encontró. Y de vez en cuando repetía *Fiat*, es decir, hágase la voluntad de Dios.

Sus enfermedades no le dan tregua y sufre. Cuando estaba sin dolores, leía vidas de santos como la de santa Teresita de Lisieux, santa Mónica, san Francisco, santa Teresa de Jesús y otras. En total fue 4 veces a Túnez como misionera hasta que no podía más.

En 1928 ya no podía ni escribir y Leona refiere al cura, su padrino: Mi pobre enferma sufre cada día más y más. Las noches son muy malas y los días horribles... Le ruego redoble sus oraciones por su ahijada, que no está muy bien,

Tiene como sinuosidades que la hacen padecer cruelmente. El buen cura del lugar le ha traído al buen Dios como Viático y le ha administrado por prudencia la extremaunción...

Eva dijo: Un día de san José vendrá a buscarme el Señor. De hecho un miércoles, .consagrado al patrón de la buena muerte, el 9 de julio a las tres de la mañana, entró en agonía. Se avisó al padre Guy, que el día anterior vino tres veces y encontró a Eva en brazos de Leona. Rezaron todas las letanías. La moribunda abrazó el crucifijo. Luego miró largamente a Cristo y luego al sacerdote. Este comprendió y se inclinó hacia ella diciendo: *Da gracias a Dios. Él la ha amado a usted mucho*. Y dio el último suspiro. Tenía 63 años. Era el 10 de julio de 1929.

Murió llena de Dios en medio de los dolores de la enfermedad; pero con el alma limpia de todos pecados de su vida pasada. Ojalá que todos nosotros sepamos apreciar su valentía para cambiar de vida y la imitemos, al menos en todo lo que se refiere a dejar el pecado y vivir una vida nueva con Dios en el corazón. Amén.

ALESSANDRA DI RUDINI

Fue una de las figuras más impresionantes de la alta sociedad italiana del siglo XIX. Nació el 5 de octubre de 1876 en Roma en el seno de una familia de la alta aristocracia siciliana, hija de Antonio Starabba, marqués de Rudini, que tenía ideas racionalistas y políticamente revolucionarias. Compartía con el rey Víctor Manuel II la hostilidad contra la Iglesia. Su esposa María de Barral no compartía sus ideas revolucionarias, aunque poco pudo influir en la educación de su hija a causa de su poca salud. Ambos tenían dos hijos: Carlo, el hijo mayor, que se casó con la hija del político británico Henry Labouchere y Alessandra.

El 1 de mayo de 1887 con once años Alessandra hizo su primera comunión y nos dice: En aquel momento era una niña muy despierta en lo que se refería a las cosas de Dios. Había crecido en un ambiente cristiano, porque mi madre era una mujer piadosa, pero no me sentía atraída a la religión. En el momento de mi primer encuentro con Jesús en la santa comunión, recibí una gracia que dejó dentro de mí un recuerdo imborrable. Advertí profundamente la presencia de Dios con la clara sensación de que él solo podía saciar mi sed de felicidad y que un día le pertenecería a él. En aquel momento sentí en mi interior la palabra *Carmelo* y la certeza de que entraría un día en el *Carmelo*, sin saber nada de lo que sucedería ²⁸.

²⁸ Comastri Angelo, *E stata Lei, la Madonna e le conversión*, Ed. Shalom, 2018, p. 63.

Alessandra, por influjo de la madre, fue enviada a un colegio religioso a los diez años y estuvo interna en el Colegio del Sagrado Corazón de la Trinitá dei Monti en Roma. Era uno de los colegios mejor considerados en aquellos tiempos en Italia. Su madre esperaba que las religiosas le ayudasen a Alessandra a corregir su carácter muy independiente y rebelde, pero tuvieron que expulsarla por su mal comportamiento.

Sus compañeras de colegio la llamaban *ciendiablos* (centodiavoli). Algo que la afectó seriamente fue encontrar en su casa a su padre con su amante Leonita Beccaria con la que tuvo dos hijos. Eso entre otras cosas la hizo rebelde contra las normas establecidas. Su padre aprovechó la oportunidad para inscribirla en una escuela de espíritu liberal, muy diferente al de las religiosas. Y por influencia de este colegio, a los 13 años, ya tenía ideas liberales anticlericales y su fe se estaba apagando. Un día su padre le trajo de París una hermosa muñeca, pero Alessandra la rechazó y no la quiso. Su padre le preguntó qué quería y respondió que un caballo o poney. Toda su vida fue una enamorada de perros y caballos. Y con frecuencia, de casada, iba vestida de hombre a caballo por los campos.

Un día su hermano Carlo, enrolado en el ejército italiano como oficial lomo la decisión de adquirir una yegua de carrera, de nombre Helénica, por 5.000 liras. No teniendo como pagar, le pidió a su padre que lo hiciera. Su padre no quiso y entonces su madre y Alessandra intervinieron para pedirle que lo hiciera; y al fin lo consiguieron.

A los 16 años observó que su madre no vivía en casa, porque había sido internada, en un asilo por su enfermedad. Esto dio lugar a que ella se encargara de algunas tareas de organización de la casa, dando órdenes a los empleados y a la vez tomando contacto con las personas de la alta sociedad de Roma. Pero, a pesar de su éxito por su belleza y cualidades, cada vez sentía más un vacío interior al alejarse de Dios. Escribió: *Era como si todo se hundiera a mi alrededor y yo buscaba compasión y desesperada un firme punto de apoyo fuera de mí misma. Recuerdo algunas noches de ansiedad y de pena indecible. No existe peor dolor que el del alma, que busca y no consigue alcanzar la verdad.*

Como era amante de la lectura, leyó entre otras obras la *Vida de Jesús* de Ernest Renán, el famoso anticlerical, que recibió el apodo de *blasfemo europeo* por parte de Pío IX, pues negaba los milagros y todo lo sobrenatural, considerando a Jesús como un simple hombre extraordinario. Sin embargo, esta y otras lecturas parecidas hicieron mella en el ánimo de Alessandra y su fe se vino abajo. Con sus 17 años ya estaba más volcada al mundo y a los lujos y placeres de la vida social que a las cosas espirituales. Con sus 17 años era pretendida por

varios aristócratas importantes como un Odescalchi de Hungría, por un heredero príncipe Radziwill de Polonia, por un cadete de los príncipes de Branika y por el gran duque Sergio, nieto del zar de Rusia. El 8 de junio de 1895 se casó por lo civil en Roma con Marcello Carlotti , marqués de Riparbella, diez años mayor que ella. Al día siguiente, día 9, se casó por la Iglesia en la parroquia del Sagrado Corazón de Roma. Ella, según algunas fuentes, era vivacísima, bella e inteligente. Al matrimonio no asistió su madre, porque estaba en malas condiciones de salud, internada en una clínica romana. Como luna de miel fueron de viaje a París, Londres, Noruega, Dinamarca, Polonia, Hungría y Grecia. Los recién casados se instalaron en una lujosa propiedad que los Carlotti poseían en el lago de Garda. Al regresar de la luna de miel, ella se dio cuenta de que estaba encinta y ambos fueron a pasar el invierno a la Costa Azul, a Niza, en Francia. Ella llevó al matrimonio un patrimonio de un millón de liras más o menos, y él de más de un millón. Pronto pasó su felicidad, porque Marcello se enfermó de tuberculosis. Era a comienzos de 1900. Ella tuvo que cuidarlo hasta el último momento y eso le hizo a ella volver poco a poco a la fe, acudiendo a Monseñor Serenelli para que asistiese espiritualmente a su esposo.

Le dijo: Don Francesco, cuántas dudas terribles tengo en el alma. Desde hace años me atormenta con una angustia increíble el pensamiento del más allá. Si usted supiera qué miseria es tener necesidad de creer y de amar y de esperar y no poderlo hacer. En mi vida he gozado mucho y he sufrido mucho, pero ningún sufrimiento puede compararse a este. Siento profundamente la falta de un ideal. Siento un vacío en mi vida que nada puede colmar, ninguna distracción, ninguna ocupación, nada. ¿De qué me sirve tener salud y una importante familia y un nombre conocido, si me odio a mí misma? ²⁹.

Su esposo fue atendido durante los últimos cuatro meses por las religiosas de la misericordia. Tuvo funerales religiosos y parece que recibió la extremaunción, aunque algunos biógrafos dicen que no hizo un acto formal como católico, como si hubiera sido una conversión de última hora. Murió el 29 de abril de 1900. Lo cierto es que Alessandra con 24 años quedó viuda con dos hijos. Cuando su padre quedó viudo por la muerte de su madre, se desposó en 1896 con su amante Leonita Beccaria. Por otra parte, en el testamento de su madre dejó a Alessandra heredera de sus bienes, excepto de la legítima, que era para Carlo, hermano mayor de Alessandra. Cuando muere su esposo Marcello en abril de 1900, según su testamento, constituyó a su hijo mayor Antonio como heredero de todos sus bienes muebles, joyas, cuadros, objetos de plata, etc. A Alessandra le dejó solo el usufructo correspondiente de sus bienes, que a su muerte debían ser para su hijo Antonio. No se nombra al hijo pequeño Andrea.

²⁹ Ib. p. 66.

Al quedar viuda Alessandra, sentía por una parte la obligación de cuidar a sus hijos y por otra le tiraba la vida social. En el invierno de 1900-1901 decidió dejar a sus hijos a cargo de una institutriz y partió en un viaje de exploración por Marruecos. De regreso a Italia se sumerge en los círculos mundanos de la alta sociedad. Convencida de que puede leerlo todo y con su afán de descubrir nuevos horizontes, lee libros anticristianos y su poca fe se vuelve a bambolear por las mareas de la duda. Monseñor Serenelli le aconseja y en febrero de 1902 parece que ella rectifica, confiesa y comulga, pero persevera poco tiempo.

En el mes de octubre de 1903 su hermano Carlo se unió en matrimonio con Dorothée Labouchère, hija de un importante estadista inglés. Al matrimonio fue invitado y estaba presente el famoso escritor y poeta Gabriele D'Annunzio, amigo de Carlo. Alessandra le confió a su hermano que el poeta le resultaba antipático por su vanidad, y sus continuas aventuras amorosas, que lo calificaban como un *don Juan*. Durante el matrimonio, Alessandra trató de evitarlo, pero él fascinado por su belleza se le acercó y le habló de sus perros y de sus caballos (que también eran aficiones de Alessandra), de sus costumbres y sueños, etc. Alessandra aceptó verlo otras veces en los próximos tres días en Firenze, donde se había realizado el matrimonio y donde se encontraban. El último día D'Annunzio le dijo claramente a Alessandra: *No puede usted ignorar que yo la amo*. Ella respondió: *No lo creo*. Y él respondió: *¿Por qué no puede creerme?*

Ella le dijo: *No sé. Tengo miedo de usted, de todo lo que hace. A través de sus obras se puede descubrir el hombre que es usted. Para usted el amor es solo una búsqueda de experiencias sensuales. Yo busco algo más*³⁰.

Gabriele no se dio por vencido e insistió con cartas románticas, regalos y otras cosas. La volvió a encontrar el 13 de noviembre de 1903 y ella cayó en sus redes, comenzando así una caída en el fango sin importarle a ella el qué dirán, ni la vergüenza, ni las habladurías. El poeta, llevado de la pasión, abandonó a la célebre actriz Eleonora Duse, con quien había vivido varios años y se presentó en público desde entonces con Alessandra. Ambos se establecieron en la casa del poeta, en la villa di Garda llamada La Capponcina, en Firenze. Esto hizo que el padre de Alessandra la desherede, su cuñado bloqueó la herencia de su esposo y quedó solo para sus hijos, pero eso no le importó y siguió en su vida pública como amante del poeta. Sus hijos quedaron a cargo de la institutriz³¹.

Su padre le insistió que dejara a D'Annunzio, pero ella le replicó: *He sido un monigote en tus manos, he servido a tu ambición y a tus aspiraciones políticas. He hecho siempre lo que te gustaba a ti. Tu voluntad me ha oprimido*

³⁰ Ib. p. 67.

³¹ Ib. p. 68.

siempre, me ha machacado y la he soportado, porque me sentía orgullosa de ser tu hija, pero ahora no me obligues ³². Lo cierto es que con D'Annunzio, ambos enamorados de los caballos, se daban cabalgatas juntos por los campos y montañas. Alessandra se dejó cortejar. Él la llamaba cariñosamente con el nombre de Nike. Él insistió y anotó: *Cada mujer en su vida tiene un momento de debilidad. Trataré de provocarlo y aprovecharlo*. Ella escuchaba atentamente las palabras amorosas que le dirigía. Él la ensalzaba como si nunca hubiera visto una mujer rubia con sus cabellos, que parecían de oro, y el fulgor de blancura de su piel, con una extraordinaria salud física. Ella era para él una tentación superior a sus fuerzas.

Pero en la primavera de 1905 ella cayó gravemente enferma y debió ser trasladada a una clínica, donde fue intervenida en tres ocasiones. Estaba gravísima y muchos pensaron que se moría. La operaron a vida o muerte y salió adelante. Al salir de la clínica, su físico se había resentido. El hecho fue que D'Annunzio no era tan cariñoso como antes. Tenía como amante a otra nueva conquista. A finales de 1906 le dio a entender a Alessandra que tenía otra mujer. Ella, dolida y humillada, se apartó de él, aunque seguía queriéndolo como lo demostraba en las cartas que le dirigía, pensando en que podía hacerlo regresar a su vida anterior. No se dio por vencida hasta después de un tiempo largo. Un día le escribió: *En nuestra última cabalgata me llamaste Nike y me habéis llamado así en la última carta*. Nike significa victoria. ¿Qué victoria represento yo? ¿La tuya o la mía? Dime cómo has conseguido la victoria sobre mí. Dime sobre quién o sobre qué he yo reportado una victoria. He pensado más bien haber sufrido una derrota ³³. Por su parte D'Annunzio tenía otra amante ya, a quien llamaba cariñosamente Giusini, Giuseppina Giorgi Mancini.

Como vio que eso ya no podía ser, se acercó a Monseñor Serenelli, quien la recibió como a hija pródiga y le aconsejó, de modo que en la primavera de 1908 ella se confesó y asistió a un retiro espiritual. Ahora bien, sus dudas sobre la religión le impidió darse por entero a Dios y trató de cumplir sus obligaciones con sus hijos.

El padre de Alessandra, marqués de Rudini se enfermó gravemente de carcinoma del hígado. Murió en agosto de 1908. Algunos de sus parientes desearon que muriera como católico, ya que toda la vida había sido anticlerical, y pidieron que fuera Monseñor Beccaria. Parece que recibió la extremaunción y entre sus manos pusieron al morir un crucifijo y tres bellísimas rosas frescas.

³² Gaggia Fabio, *Alessandra di Rudini*, Cierre edizioni, 2013, p. 51.

³³ Ib. p. 203.

Alessandra por su parte, nombró como preceptor de sus hijos a un sacerdote francés, el padre Gorel, y a él le expuso sus dudas y tormentos interiores. Le dijo un día de 1909: *Yo he conocido todas las alegrías que el mundo puede dar, pero me ha quedado en el corazón una tal amargura que no sé qué cosa daría por poder destruir esos recuerdos malos del pasado. Hoy mi único deseo es el de encontrar la fe y conseguir la verdad y la paz*³⁴. Por recomendación del padre Gorel ella fue a Lourdes en agosto de 1910.

En Lourdes fue totalmente transformada espiritualmente. Vio un milagro ante sus ojos. Una señora francesa se curó instantáneamente de su enfermedad. Ella consultó al doctor Boissaire, médico encargado de verificar las curaciones, y él le aseguró que era un milagro inexplicable para la ciencia. Eso la confirmó en que sí existían los milagros y que Dios actuaba en la actualidad como hacía dos mil años.

Ella afirma: *Reflexioné mucho sobre el acto que realicé en Lourdes y me alegra reconocer que no actué movida por un momento de emoción religiosa, sino que realicé un acto voluntario y reflexivo, preparado a lo largo de muchos años de estudio, lectura y meditación.*

En Lourdes, en aquellos días, había una numerosísima peregrinación de bretones, unos diez mil. Alessandra participó en la procesión eucarística, viendo y palpando la fe viva de aquella gente y cómo los camilleros ayudaban a los enfermos y todos se arrodillaban al paso del Santísimo Sacramento. Ella también se arrodilló. Nunca había visto tanta oración y tanta fe. Cuando la gente, terminada la procesión, comenzó a retirarse, ella se quedó sola y se fue a la basílica del Santo Rosario. Miró la imagen de la Virgen que domina el ábside y le dijo: *María, oh María, hazme el milagro, ayúdame a creer y tuya será mi vida, toda tuya y para siempre.* Postrada a los pies del altar, continuó repitiendo esta plegaria, pidiendo fe. ¿Qué sucedió en esos momentos? Nadie lo sabe, pero todo le quedó claro y sencillo. En un instante comprendió que había sido su orgullo el que le impedía tener la luz de la verdad. Sintió mucho dolor de su vida pasada y al mismo tiempo advirtió una gran deseo de reparación de sus pecados, de darle a Dios lo que le había quitado y de expiar el mal que había hecho. Lloró. Y sus lágrimas fueron como un bautismo de purificación interior. En un cierto momento se le presentó el padre Gorel, a quien le pidió confesión.

Se confesó y sacó fuera de su alma el fango que había adquirido en sus años de pecado y sintió la hermosa belleza del perdón de Dios y de la caricia de la mamá, la Virgen María³⁵.

³⁴ Comastri, p. 69.

³⁵ Ib. pp. 72-73.

Sus aspiraciones de soledad y amor a Dios no la dejaban y después de su experiencia en Lourdes, quiso dejarlo todo y dedicarse a la oración en un convento de clausura. Para ello eligió las carmelitas descalzas. Ya había leído la vida de santa Teresa de Jesús y quería un convento de vida estrecha. Y como en Italia era muy conocida, prefirió irse a un convento de Francia.

En 1911 con 35 años emprende el camino de Paray-le-Monial, localidad célebre por las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús a santa Margarita María de Alacoque, con el fin de entrar en el convento de carmelitas descalzas. Se llamó sor María de Jesús. Mucho le costó la vida religiosa, especialmente dura en el Carmelo. A las durezas de la observancia, se unió la muerte de sus dos hijos de tuberculosis en 1916. Esto la llevó a una profunda crisis de conciencia al pensar que había sido mala madre y había abandonado a sus hijos. Pero todo lo superó con su deseo de santidad y fuerza de voluntad. Al año siguiente, en 1917, llegó a ser Priora de su Carmelo de Valenciennes. En 1928 fundó el convento de Montmartre en París y ese mismo año tuvo lugar la rehabilitación de la antigua Cartuja de Reposoir, situada en una solitaria cumbre de Saboya, como convento de carmelitas descalzas.

En 1930 tuvo una afección del hígado y de los riñones. La llevaron a hospitalizarla a Ginebra, y falleció santamente el 2 de enero de 1931. Unos días antes había declarado: *He sentido algo que nunca había experimentado ante la proximidad de la muerte: la atracción de Dios, la sed de Dios y he comprendido hasta qué punto era fácil y bueno ir hacia él.* En su último día en la tierra escuchó a Jesús, que la llamaba por su nombre. Recibió los últimos sacramentos y dijo antes de morir: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.*

CONCLUSIÓN

Después de haber leído los tres testimonios anteriores podemos pensar: somos seres humanos débiles y fácilmente podemos caer en el abismo de la increencia, del ateísmo o también dejarnos llevar por los placeres, lujos y diversiones del mundo que nos rodea. Pero Dios como Padre amoroso nos ha creado para ser felices eternamente. Y nos quiere ayudar, solo hace falta que tengamos la suficiente humildad para pedirle perdón de nuestros pecados y comenzar un camino hacia él. Dios espera nuestra llamada y nos saldrá al encuentro en cualquier momento para hacer entender que sigue esperándonos. El hecho de sentir un gran vacío interior es ya una señal de Dios, que nos llama y nos espera y nos quiere decir, sin palabras, que sin él nuestra vida estará vacía, sin sentido y sin paz ni felicidad.

